

Redescubrimiento del Populismo

No es tan Malo Como lo Pintan

POR LORENZO MEYER

NO sé a quién se le ocurrió definir como populistas a las políticas de Echeverría y López Portillo, pero con ello aseguró que el término se convirtiera —injustamente, desde luego— en una mala palabra, al menos en México. El verdadero populismo tiene muy poco que ver con lo que hizo Echeverría y mucho menos con el sexenio presidido por López Portillo. Entre nosotros, el modelo de auténtico populismo se encuentra en el cardenismo.

Si ponemos la mirada más allá de nuestras fronteras, entonces tendremos una rica variedad de formas, que van desde el movimiento de Gandhi en India hasta la política de Alan García en el Perú de nuestros días.

El populismo no es siempre una buena solución a los problemas de la crisis social —esta política generalmente es respuesta a una crisis— como bien lo demostró el peronismo, que quizá le dejó a Argentina tantos problemas como los que le resolvió. Sin embargo, no hay por qué rechazar de antemano la solución populista; su efectividad o falta de ella depende de las circunstancias.

★

EN el populismo, el líder —generalmente carismático— trata de enfrentar la crisis partiendo de una identificación entre las clases mayoritarias y la esencia de la nación. Desde el poder se resalta lo vital de la cultura popular en contraste con aquella de las clases altas, llena de elementos extranjerizantes. Finalmente, usando argumentos de justicia sustantiva más que formal, el Estado —sin destruir la estructura clasista de la sociedad— vuelca su peso en favor de una redistribución de ciertos bienes y servicios que lleve a una mejora inmediata de las condiciones de vida de algunos o

de todos los grupos populares.

El fin último del populismo es constituir una alianza sólida entre el Estado y las clases mayoritarias y menos favorecidas, mejorando las condiciones materiales de éstas, movilizándolas políticamente e infundiéndoles confianza en sí mismas.

Al asumir el poder, y en un esfuerzo por tomar distancia de sus predecesores y ganar legitimidad a los ojos de las clases medias y altas así como de la comunidad financiera internacional, el equipo de Miguel de la Madrid renegó públicamente del populismo, herencia fundamental de los gobiernos de la revolución mexicana y no de Echeverría o López Portillo. En lugar de populismo, De la Madrid y los suyos propusieron la democracia formal —esa que requiere, a la hora del voto, un conteo exacto— y la lucha contra la corrupción. Desafortunadamente, este proyecto de raigambre liberal no pudo superar las contradicciones internas del sistema en que estaba fincado y naufragó. Fue justamente cuando el proyecto original de gobierno estaba a la deriva y la crisis económica volvía a agudizarse, cuando el terrible sismo del 19 de septiembre sorprendió a la sociedad y al gobierno.

★

SUPERADO el desconcierto e improvisación del primer momento, el instinto del grupo en el gobierno fue dar a la nueva tragedia la solución que le es más natural: una solución administrativa y burocrática. Para ello organizó una Comisión Nacional de Reconstrucción (CNR) con seis comités. La CNR quedó formada por la propia gente del gobierno más un puñado de representantes de la empresa privada e intelectuales de buena fe pero que no representan a nadie fuera de ellos mismos. Desde un principio quedó claro que la CNR no era el instrumento idóneo para encauzar las problemáticas demandas de los grupos afectados por la tragedia ni para movilizar las energías latentes de la sociedad.

LA CNR no incorporó en su seno a los líderes naturales de los grupos que el sismo activó y que convirtió en problema: los vecinos de Tlatelolco, Tepito, los locatarios del mercado de Jamaica o las costureras de las fábricas de ropa del centro de la capital. Estos grupos se negaron a ser mero objeto de la acción de la CNR, rechazaron la mediación de las instancias políticas tradicionales —diputados, líderes del partido oficial, etcétera— y demandaron directamente del presidente una respuesta clara y aceptable

16-X-85

a sus demandas. En esas condiciones no había más alternativa que la represión o el populismo. La primera hubiera sido un desastre instantáneo, de ahí que no quedara más cami-

no que la segunda. De esta manera De la Madrid recibió en Los Pinos —cuya remodelación ha transformado a la casa presidencial en una fortaleza— a los líderes reales de los de Tlatelolco a la vez que decretó

algo impensable un minuto antes del sismo: la expropiación de alrededor de 7,000 predios urbanos localizados en el corazón mismo de la ciudad de México y supuestamente ocupados en arrendamiento por miembros de las clases populares.

Con la inesperada reforma urbana iniciada por el decreto expropiatorio, el gobierno ha redescubierto el valor político del populismo. Los empresarios han reaccionado en contra de la medida, pero los habitantes de Tepito en favor. Es que la cuenta final resulta en una ganancia neta de capital político para el gobierno y el sistema dependerá de la voluntad y habilidad con que el Presidente y su equipo manejen esta fase de la política de la crisis. Por el bien de todos el resultado debe de ser positivo. El populismo, después de todo, no es tan malo como lo pintan.